

La mujer en el mundo de la poesía

Por Casilda Ordóñez Ferrer

“¿Qué es poesía y tú me lo preguntas?

¡Poesía eres tú!”. GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER. *Rima XXI*

La mujer, es definida como pasiva inspiradora del quehacer poético por el poeta romántico.

Poieo=hacer. Poeta es el que hace, el que crea. La mujer, según la teoría becqueriana, es la que hace hacer, callada, quieta, tal vez inconscientemente. En cierto modo, en la concepción becqueriana, la mujer es la antagonista del poeta: él, activo creador, ella, pasivo e inconsciente numen. La mujer arcilla, el hombre escultor. La mujer mármol, el hombre artista. Así los inspiradores mitos femeninos: Beatriz, Laura, Teresa...

¿Es nuevo el salto de la mujer al mundo activo del quehacer poético? ¿Es una novísima realidad la mujer poetisa?

Aunque en vez de mujer poetisa debiéramos decir mujer poeta, según el sentir y el querer de la actual generación poética femenina. No quieren ser llamadas *poetisas* sino *poetas*, con un nombre que la gramática tradicional definiría como del género común, tal vez porque ser poeta es la más noble actividad del espíritu y el espíritu está más allá del sexo. Poeta, un nombre común para él y para ella, como otros muchos nombres: el periodista, la periodista, el médico y la médica, el novelista, la novelista.

Lingüísticamente la diferencia entre poeta y poetisa estriba en el sufijo. Pero así como la evolución tradicional del sufijo latino -issa, ha sido -esa (condesa de cometissa, abadesa de

abatissa) poetisa ha conservado la forma culta del sufijo latino. Y en vez de poetesa, que sería lo normal, se ha dicho poetisa, en vez de diaconesa, diaconisa y en vez de papesa, papisa. ¿Se han dado Vds. cuenta de en qué palabras se ha conservado el cultismo en -issa? Poetisa, diaconisa, papisa. ¿No encierra este inusual sufijo -isa, una sutil intención de los hablantes, la de señalar como una rareza, como una ridícula exquisitez el papel de las poetisas, de las diaconisas, de las papisas? ¿No hay una burla social escondida en algo aparentemente tan insignificante como un sufijo, que nos presenta a las poetisas, a las diaconisas, a las papisas como "les precieuses ridicules"?

Lo cierto es que las mujeres que actualmente cultivan la poesía, rechazan el nombre de poetisas por lo que este nombre pueda tener de discriminatorio, de tolerante o de ridículo.

Y yo de aquí en adelante voy a respetar su decisión, hablando de mujeres poetas.

Nos preguntábamos, antes de este pequeño inciso lingüístico, si era nuevo, el salto actual de la mujer al mundo del que-hacer poético.

Se puede contestar rotundamente, que el salto masivo de la mujer al mundo de la poesía, el salto en aluvión, es una conquista de este siglo.

¿Quién no recuerda, es verdad, las solitarias aventuras poéticas o las aventuras poéticas en solitario de algunas, pocas, mujeres, a lo largo de la historia?

Podemos hacer una rápida comparación con lo que nos ofrece la Historia de la Literatura a lo largo de los siglos, por lo que a las mujeres poetas se refiere. Entre las excepciones femeninas que cultivaban la poesía como extrañas singularidades y la formidable y nutrida generación poética femenina contemporánea, aunque sólo nos ciñamos en este segundo aspecto a las letras hispánicas.

El primer nombre que nos asalta es el de Sapho, cultivadora como Alceo de la poesía mélica, allá por el siglo VI a. de C. La poesía mélica era lírica pura: expresión del sentimiento personal, confesión y desahogo, lamento melancólico o arrebato apasionado de amor o de odio.

El poeta Alceo, contemporáneo de Sapho, dice de ella: "Sapho, la de los oscuros rizos, la pura, la de la dorada sonrisa".

Platón, el gran filósofo griego, le da el nombre de "décima musa".

La crítica posterior ha tomado posturas contrarias en la interpretación de la persona de Sapho. Algunos han deformado su personalidad hasta extremos patológicos y han querido ignorar la existencia de su esposo e incluso de su hija Cleis, a quien dedica poemas encantadores, como aquel que dice: "Es mía una hermosa niña, comparable a las doradas flores, Cleis, la amada. Por ella no cambiaría la Lidia entera...".

De Beocia, la patria de Hesíodo, y más o menos contemporáneas del gran cantor de los juegos panhelénicos, Píndaro de Cinoscéfalos, son dos mujeres poetas: Mirtis y Corina. De Mirtis se han descubierto últimamente dos poemas a manera de baladas.

Corina utilizó fundamentalmente el dialecto paterno. Su poesía era provinciana, ingenua, pero con el mismo encanto personal de las figurillas de arcilla de su patria Tanagra.

También de la primera mitad del v a. de C. es la poeta Telesila, a quien cuenta Pausanias, vio representada en el santuario de Afrodita, junto al teatro de Argos, en el acto de arrojar de sí los libros y encasquetarse el yelmo. La gloria de esta argiva, Telesila, descansaba en la repetida anécdota de que en momentos de inminente peligro había logrado rechazar a los lacedemonios ayudada por las mujeres de la ciudad.

Su estilo tiene aún menos pretensiones que el de Corina, pero en la antigüedad se conservaron versos suyos, tomados de sus himnos a los dioses, grabados en las paredes de los templos, versos escritos en un metro que se llamó "telesileo" en honor suyo.

Contemporánea de Telesila, fue también Praxila de Sicione, ciudad vecina de Corinto. Muchas discusiones han surgido sobre la extraña personalidad de Praxila. Fue eternizada en bronce nada menos que por su compatriota Lisipo.

Beocia y el Peloponeso nos brindan nombres de mujeres poetas a las que se recordó largo tiempo. Esto es un claro síntoma de la situación diferente de la mujer en estos países, mucho más libre de la que conocemos en el Atica.

Y ahora nos trasladamos al mundo romano. En el siglo I a. de C., en el círculo literario de Valerio Mesala, un gran señor del bando republicano, mecenas de poetas, aparece el nombre

de otra mujer: Sulpicia. Era sobrina de Mesala y nos la describen hermosa, apasionada y enérgica. Enamorada de un joven de inferior condición, por cuyo amor lucha valientemente. Esto es lo que relata en sus versos. Ella de forma sencilla, porque el mismo tema será tratado por el poeta Tibulo, también perteneciente al círculo literario de Mesala, con una afectación artística que está lejos de la frescura auténtica de los versos de Sulpicia.

Nuevo salto en la historia: estamos en el Renacimiento. Aunque el Renacimiento no era en el fondo una época propicia a la poesía lírica, puesto que su ideal estético era demasiado equilibrado, mesurado, sin cabida para la emoción arrebatada de la lírica, hubo en el Renacimiento italiano y como un signo del cambio de costumbres, un notable florecimiento de cancioneros femeninos y entre ellos debemos recordar los de Verónica Gámbara (1458-1550), de Gaspara Stampa, muerta en 1554 cuando contaba poco más de treinta años, poeta sumamente apasionada, y Victoria Colonna, elegante a la manera petrarquista, que se relacionó con todos los ingenios de la época y que recibió la rendida admiración nada menos que de Michelángelo Buonarroti.

También en el Renacimiento español, una mujer ajena a los movimientos literarios y únicamente movida por la fuerza del Espíritu, "por la fuerza del fuego que en si tenía", como dice el P. Yepcs, desahogó sus arrebatos místicos en coplas y villancicos:

Vuestra soy, para vos nació.
¿Qué queréis, Señor, de mí?

Es la voz de Teresa de Cepeda, transida de amor.

Pero donde se va a producir una auténtica eclosión poética y de una poesía madura y fuerte, como las frutas olorosas del trópico, es en tierras de Hispano-América.

Ya en 1600 surgió aquella poetisa anónima, autora de un Discurso en loor de la Poesía; y la peruana y desconocida Amarilis, amadora de imposibles, en su carta de Amarilis a Abelardo.

En la segunda mitad del siglo xvii y atravesando las aguas tantas veces surcadas por naves españolas, del Atlántico, llegó

a nuestra patria otra voz, la de una mujer que había dado muestras ya desde niña de una gran precocidad y erudición: Sor Juana Inés de la Cruz: "Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón...". También Sor Juana fue llamada "décima musa" y "Fénix de México". La voz de Sor Juana es como un anticipo de la voz de otra mujer contemporánea, la Condesa de Campo Alange, que en prosa ha escrito sobre la secreta guerra de los sexos.

También de la segunda mitad del xvii, los "Delirios del Divino Amor" de la neo-granadina Josefa del Castillo:

"El habla delicada — del amante que estimo — miel y leche destila — entre rosas y lirios".

Saltamos al Romanticismo y en España, la extremeña Carolina Coronado, paisana de Espronceda, canta al amor humano y divino; y la triste, profunda, sensible y desgraciada Rosalía se derrama en sus versos.

Y en Hispano-América comienza la proliferación: la culta y ponderada Mercedes Marín del Soler, chilena, o la conocida puertorriqueña Alejandrina Benítez de Galetier, cantora como Quintana de la razón y del progreso; la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, romántica y atormentada; la boliviana María Teresa Mujía, ciega, que canta su propia desgracia en aquellos versos: ¡"Todo es noche, noche oscura"; la colombiana Agripina Montes del Valle, directora de la Escuela Normal de Santa Marta, o la voz dolorida de la cubana Luisa Pérez de Zambrana, poeta antes de saber leer, cultivada después, voz dolorida en sus últimas elegías, como en la que titula "Dolor Supremo" por la muerte de sus tres hijas:

"Erais con vuestras cándidas diademas
de gracia, de dulzura y poesía
los ensueños azules de mi alma,
la esencia de mi ser y de mi vida".

La boliviana Adela Zamudio, defensora de los derechos de la mujer, coronada al fin oficial y públicamente en premio a sus méritos por el Gobierno de su patria. Hay una poesía suya muy beligerante que empieza así:

Nacer hombre.

“¡Cuánto trabajo ella pasa
por corregir la torpeza
de su esposo, y en la casa
(permitidme que me asombre)
tan inepto como fatuo
sigue él siendo la cabeza
porque es hombre!”.

La popular y conocidísima dominicana Salomé Ureña de Henríquez, madre de un ilustre filósofo.

De la época del modernismo cuatro mujeres: María Eugenia Vaz Ferreira, uruguaya, de poesía trágica e intensa que no llegó a publicar; María Enriqueta Camarillo de Pereyra (conocida poéticamente como María Enriqueta solamente), mexicana y pianista; Juana Borrero, cubana y de familia de intelectuales y con innegables resonancias becquerianas en su poesía, y al fin, la magnífica poeta Juana de Ibarbourou, coronada Juana de América, en Montevideo en 1929, de apasionada fuerza para cantar temas fundamentales como el amor, la vida y la muerte. ¿Quién no ha paseado con Juana de Ibarbourou bajo el brazo, los caminos románticos de la adolescencia y la juventud?

Entre los poetas que podríamos llamar neo-románticos que retornan a la exaltación sentimental, contamos con famosos nombres femeninos: Delmira Agustini, Clara Laiz, María Olimpia de Obaldía, la malograda Alfonsina Storni y el tantas veces glorioso nombre de esa mujer que se nos hace, leyéndola, tan entrañable y tan nuestra, la chilena Gabriela Mistral.

Delmira Agustini, uruguaya, escandalizó en su época con sus versos adolescentes en los que el amor no se recataba tras alegorías literarias.

Clara Laiz, puertorriqueña, periodista y melómana.

María Olimpia de Obaldía, con recuerdos albertianos, en “Yo quiero ser marino”, fue proclamada María Olimpia de Panamá en 1930.

La argentina Alfonsina Storni, de vida inquieta y desasosegada; infancia triste, actriz ambulante, maestra, empleada, profesora y al fin trágica buscadora de la muerte en el Mar de Plata. Ella había dicho:

“Un día estaré muerta, blanca como la nieve,
 dulce como los sueños en la tarde que llueve.
 Un día habré logrado el sueño vespertino
 el sueño bienamado donde acaba el camino.

¡Oh! ¡La tarde embriagada de armonía perfecta!
 ¡Cuán amarga es la vida! ¡Y la muerte qué recta!”.

Gabriela Mistral fue Premio Nobel en 1945. Ha sido poeta hasta la médula; ella misma nos dijo que tenía “ha veinte años —en la carne hundida y es caliente el puñal— un verso enorme, un verso con cimbras de pleamar”.

Obsérvese la similitud temática con el becqueriano:

“Yo sé un himno gigante y extraño...”

Entre las últimas generaciones poéticas señalaremos la búsqueda de una poesía pura en la uruguaya Esther de Cáceres; los últimos reflejos del modernismo en la argentina Silvina Ocampo, en la salvadoreña Claudia Lars, en la cubana Dulce María Loynaz, en la uruguaya Sarah Bollo, en la paraguaya Josefina Pla, en la venezolana Enriqueta Arvelo Larriva.

Como reacción contra la poesía de vanguardia podemos señalar un retorno a la poesía clásica o un neo-romanticismo y aquí encajar los nombres de María de Villarino, argentina; Clara Silva, uruguaya; Carmen Toscano, mexicana; Stella Sierra, panameña; Ana María Choutry Aguirre, argentina; la cubana Serafina Núñez, la uruguaya Sara de Ibáñez, la mexicana Concha Uzquiza.

Y aún merecerían citarse muchos nombres más, como los de las mexicanas Emma Godoy, Margarita Paz y Gloria Ristra, o las venezolanas Luz Machado, Ana Enriqueta Terán, Ida Gramcko o las argentinas María Granata, Ana Teresa, María Elena Walsh, etcétera.

Y más nombres femeninos en la prolongación de la poesía vanguardista: las mexicanas Margarita Michelena, Rosario Castellanos, la cubana Mirta Aguirre, la uruguaya Orfila Bardesio, la argentina Olga Orozco, la chilena Raquel Jodorowky...

Nombres, nombres y más nombres femeninos en el activo mundo del quehacer poético.

Radical antagonismo entre los nombres de Beatriz, Laura, Teresa, pasivos númenes de Dante, Petrarca o Espronceda, y los de Gabriela, Juana o Rosalía, nombres creadores que se codean a la misma altura con los de Gustavo Adolfo o Juan Ramón.

Las generaciones poéticas femeninas de nuestra patria, cuentan con filas cada vez más nutridas y de más dignos representantes.

Concha Lagos escribía hace unos años: "En los años que llevo al frente de mis ediciones poéticas, he visto eclipsarse a muchos poetas pero, en cambio, a muy pocas poetisas. Es más, la calidad poética de la mujer ha crecido y sigue creciendo cada día".

Y Guillermo Díaz-Plaja afirma: "Podríamos diagnosticar que en la mujer la dimensión lírica es más absorbente y absoluta, cala profundamente y se adentra en la intimidad".

Contamos con mujeres que se han mantenido o se mantienen con gran dignidad en destacados puestos: las gallegas Pura Vázquez o Luz Pozo, la cartagenera de voz armónica Carmen Conde, Celia Viñas, María Beneyto, poeta del desgarró y de la angustia, poeta social sin desmelenamientos, según la enjuicia Jiménez Martos. Esto es una prueba de sus versos:

"Digo ¡bajad! a los que están arriba,
y no me escucha nadie.

Les grito "apercibios"

no me comprenden y les grito en balde.

Yo sin decir otro clamor que éste
que desgarré de tanto golpearle.

Yo, sin saber esa palabra nueva
que se dirá más tarde.

Yo sólo he dicho y digo "amor"
y no me escucha nadie".

Contamos también con la juglaresa de la poesía española contemporánea, como ha denominado algún crítico a Gloria Fuertes, cantora del amor, de la muerte, de los ricos, de los pobres y de la soledad, insistente cantora de la soledad:

“Te sigo río mío con los ojos,
te sigo río mío con los ojos,
ya que no puedo seguirte con las plantas”.

Contamos con la profundidad de la poesía de Concha Lagos, con la hondura cantora de sus poemas existenciales y religiosos:

“No, no es el camino el que se gasta
es la mirada, el sueño,
la fuente de la risa”.

O aquellos que dicen:

“Por heridas de amor, por ateridos desconsuelos
vas a quedar justificada”.

Contamos con la madurez poética de Pilar Paz Pasamar, antaño niña prodigio de quien dijera Juan Ramón Jiménez: “Hay una muchacha, Pilar Paz, que ha escrito un poema magnífico sobre Dios. Esa niña es genial. Ese poema es una joya”. Cuatro versos de Pilar Pasamar, con la intención de que sirvan de aperitivo estimulante:

“No le envíes tus ángeles
al dolor. Que me duela
que me llueva la lluvia
del dolor, que me empape”.

Contamos con excelentes poetas granadinas: Trina Mercader, finalista del Boscán 69; Eulalia la Higuera, y sobre todo la fina y exquisita Elena Martín Vivaldi, de quien son estos bellísimos versos:

“Serena de amarillo tengo el alma.
Yo no lo sé ¿serena?
Parece que entre el oro de sus ramas
algo verde, me encienda.
Algo verde, impaciente me socava.
Dios bendiga su brecha.

Hazte un sol de crepúsculos ardiente
ponte verde, amarillo”.

Contamos, en fin, con la galardonada Pureza Canelo, Adonais 1970.

Y Palencia, nuestra pequeña ciudad castellana, no ha estado ajena a esta incorporación poética femenina.

En los años lejanos ya, de la creación de Nubis, en plena época “camp” como ahora se dice, allá por los años cuarenta, como en el renacer poético de otros grupos provinciales, en el grupo Amaya o en el de San Juan de Baños, han estado presentes y activas, creadoramente activas, mujeres palentinas de origen o de adopción.

Hoy van a escuchar Vds. una selección de poemas de mujeres poetas palentinas; poemas de Enriqueta Palacios, de Angeles Sayalero, de María Luisa Cañas, de Felisa Sanz, de Aurora Merchán, de María Victoria A. Cortés, de Magda Hernández, de Mercedes González y Rosa María Calvo y algún poema mío, aunque me considere una recién llegada al mundo de la poesía.

Yo quisiera, en el marco castellano de esta tarde otoñal, dar a mi voz los matices exactos y la entonación justa para que esta poética y femenina llamada les encontrara atentamente a la escucha.

ENRIQUETA PALACIOS nació en Palencia, realizó sus estudios de Bachillerato en el Instituto “Jorge Manrique” y el Colegio del Santo Angel, siguió la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de Zamora e inició estudios de Filosofía y Letras en la Facultad de Valladolid. En el año 51 contrajo matrimonio. Hoy tiene seis ramos de olivo en torno a su mesa, vacío el asiento del compañero, pero anclado su corazón en la esperanza, porque ella es la mujer fuerte de los Proverbios.

A partir de los 15 años en que ganó su primer premio literario en un concurso provincial, empezó a publicar diversas colaboraciones en prosa y en verso en el periódico local y en diversas revistas.

Además, Enriqueta Palacios, Queti Palacios, como la conocemos los palentinos, tiene vena de rapsoda, una cualidad de familia, porque aún recordamos con admiración el impecable modo de declamar de Queti y de su hermano Ovidio.

El primer poema seleccionado de Enriqueta Palacios es un soneto del año 50, dedicado a la palentina Virgen de la Soledad.

Enriqueta Palacios tiene muchos sonetos, con eso demuestra que su inspiración sabe ser disciplinada y contenida cuando quiere, aunque en los momentos más intensamente vitales, su poesía se derrama en versos libres, rompiendo convenciones.

“A NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD”

Tú que sufres, Maria, la tortura
de un horrible dolor que te devora
vas calmando la pena abrumadora
del que mira la luz de tu hermosura.

Lenta cruzas la calle de Amargura
y has mirado a Jesús... Dulce Señora,
¿Qué te han dicho sus ojos, que así llora
la inmensa soledad de tu alma pura?

Vas a quedar sin ser, porque tu Vida,
la que es tuya, mi Dios, sigue el camino
para sufrir por mí, Madre afligida,

yo en tu pecho clavé punzante espino
y hoy, al ver tu mirada dolorida,
siento un fuego de amor casi divino.

En el año 55, Queti llevaba varios años casada, pero aún no había sido madre, aunque luego lo sería generosamente, pero entonces no lo sabía y clama así:

“¿Por qué, Señor, secaste la fuente de mi vida?
¿Por qué mi seno estéril no puede concebir?
¿Por qué, Señor, no escuchas mi queja dolorida
y haces mi ser fecundo, colmado de vivir?”

¿Por qué mi tronco seco no se cubre de flores?
 ¿Por qué no brota un tallo de mi insaciable amor?
 ¿Por qué en el ancho campo de mis recios amores
 no se grana una espiga, y hace carne un dolor?”.

A los pocos años, Queti podía escribir junto a una cuna:

EL TIEMPO QUE ME ROBAS

El tiempo que me robas, es
 una canción, un grito,
 un piropo, un abrazo,
 un alimento,
 un cambio de pañales.
 El tiempo que me robas, es
 —parece ser—
 una angustia, un desorden,
 un llegar tarde a todo,
 porque paso y repaso por tu cuna
 para mirarte más,
 para lanzarte un guiño,
 para gritarte: ¡César!
 El tiempo que me robas, es
 —aunque parezca ser
 perder el tiempo—
 un poner a tu alcance la alegría,
 un dar más horizonte a tus ojitos
 cargados de ignorancia,
 tan recién estrenados a la vida.

ANGELES SAYALERO nació en Madrid; pero desde su primera infancia vino a Palencia, donde su padre ejercía la Medicina y ya Palencia ha sido su ciudad. Estudió el Bachillerato en el Instituto “Jorge Manrique” y los de Enfermera en la Facultad de Medicina de Valladolid. Desde entonces se ha dedicado con admirable vocación y espíritu al ejercicio de una profesión tan notable y tan seria que quema las horas junto al dolor y la muerte.

Es ganadora de varios premios poéticos y ha publicado algunos trabajos en prosa y verso en periódicos y revistas.

De Angeles Sayalero he seleccionado dos poemas, uno que aún es más actual que en el momento en que se escribió en el año 56, porque está dedicado al Emigrante, y hoy hay más españoles en situación de emigrantes que en el año 56.

EMIGRANTE

¿Por qué siempre que te veo
dices que te vas, te vas?
¿Por qué cuando me lo dices
miras a la inmensidad?
¿No te retiene tu madre?
¿No te sujeta tu hogar?
¿Ni los ojos de la novia
que no dejan de llorar?
Cuando miras estas calles
que quieres abandonar
sigue un poco más arriba,
di adiós a la Catedral.
Emigrante ya lo eres
y pronto lo serás más
por una ruña de estrellas.
¡Ay, no te quiero mirar
porque se marcha contigo
la bonanza de tu hogar,
las canciones de tu madre
que no volverá a cantar!
¡Ay caminitos soñados
que vais lejos, más allá
y nos lleváis emigrantes
que no se quieren quedar,
decidle que cuando vuelva
ya no nos conocerá,
que las calles, calles nuevas
que van a la catedral
mirarán indiferentes,
y tal vez no le hablarán!

Que se fue por los caminos
y no se quiso quedar
y el adiós quedó muy hondo
de tanto llorar, llorar.
Traerá nieve en la cabeza
y ansias de buscar, buscar.
En esa ciudad de ayer
nadie le conoce ya,
arrullos nuevos que llegan
nunca miran hacia atrás.

El segundo poema de Angeles Sayalero, es un villancico de sabor ingenuo y sencillo.

LA VIRGEN Y SU NIÑO

Juega tú, mi niño
con esa manzana
que al salir la noche
te trajera el alba.

Juega, sí, con ella,
juega tú a rodarla,
verás qué bonito
su color de grana.

¡Mira niño mío!
Mira lo que tengo
posado en la mano,
es como un misterio.

Toma, pequeñito,
un pájaro nuevo
que trae en sus plumas
frescor de lucero.

Es la tortolita
que en vuelo ligero
quebrandó las flores
bajó desde el cielo.

Juega tú, cariño,
juega tú con ellos,
quiero que se rían
tus ojitos bellos

Si te cansas pronto,
mi nene precioso
echado en mis brazos
quédate en reposo.

Esto susurraba
con su dulce acento
María, la Madre,
al pasar el viento.

MARIA LUISA CAÑAS nació en Valladolid, se licenció en Derecho y ejerció algún tiempo como profesora interina del Instituto "Jorge Manrique" de Palencia y más tarde del Beatriz Galindo de Madrid.

Opositó luego al Cuerpo Técnico de Administración Civil y obtuvo la plaza de Palencia. Ella y su esposo se afincan definitivamente entre nosotros desde 1948.

En el pasado año María Luisa ha sido nombrada Secretaria Provincial del Ministerio de Agricultura, cargo que desempeña en la actualidad, así como la presidencia de la Asociación Provincial de Mujeres Universitarias de Palencia.

María Luisa confiesa que su vena poética no es el río que corre con la rutina de los días, sino el manantial que brota inesperado cuando el dolor, la enfermedad o un acontecimiento trascendental la conmueven.

De María Luisa Cañas vamos a leer tres poemas. El primero es un soneto dedicado al Místico Juan de la Cruz. Con él nos demuestra que es capaz de dominar la que podemos considerar "piedra de toque" de la métrica tradicional.

A SAN JUAN DE LA CRUZ

Ojos llenos de luz, figura escueta,
déscalzo el pie, vestir carmelitano,
místico ardor y espiritual la mano,
la frente iluminada del asceta.

Es San Juan de la Cruz anacoreta,
el lírico cantor, que en cada hermano,
vio la imagen de Dios, que sobrehumano
con El quiso fundir el alma inquieta.

Deja que eleve a ti mi humilde canto
extático Doctor, cuyo destino
fue amar a Dios y por amarle tanto

sintiéndote en la tierra un peregrino,
llegaste tú al altar poeta y santo,
llama en el fuego del amor divino.

Resonancias becquerianas tiene María Luisa en su poema titulado:

REVELACION

Soy poeta, yo siento un aliento profundo,
vibrar en mi alma el alma del mundo,
rugir en mi pecho la fuerza del mar.

Soy poeta, siento que se identifica
el corazón mío, con el claro viento,
con la negra noche, con la voz del río.

Soy poeta, siento en la primavera
la gracia del pino, del ave el acento
de verde esmeralda brillar la pradera.

Del otoño triste la melancolia,
de la fina lluvia el suave lamento,

cuando cae la noche, cuando apunta el alba,
cuando llega el día.
Y en los crudos días del invierno alevé,
el lento, implacable caer de la nieve.

Hermano poeta, ¿no has sentido nunca
en la noche quieta, no has sentido nunca
en la noche en calma, como si quisiera
desasirse el alma?

¿No has sentido afanes de hollar infinitos,
de hendir el espacio, de alcanzar estrellas
y hacerte uno solo con el firmamento?

Al ver un paisaje presentido en sueños,
¿no te has conmovido?
¿No era más intenso el verde tangible?
¿No ha reverdecido?

¿No tienes deseos de dar un mensaje,
predecir futuros como los profetas?
Si has sentido todo, ya te has definido
es que sin saberlo, tú, ya eras poeta.

Y finalmente, fue el dolor, como ella nos decía, el que motivó
el nacimiento de este íntimo y entrañable poema:

EN LA MUETE DE MI PADRE

¡Ay padre, no llegué a verte
cuando estabas expirando!
¡Ay! que mis manos no fueron
las que tus ojos cerraron,
ni fui quien vestí tu cuerpo,
tan fuerte y tan bien plantado;
ni puse tu mejor traje,
ni camisa del más blanco,
ni la que guardé tu anillo
de hombre de bien, bien casado.

Que no rendí el homenaje
del dolor desesperado,
ni quien su presa a la muerte
con ansia le ha disputado.
¡Ay padre! que llegué tarde
y nos habías llamado.

Tan sólo te vi tendido
entre cuatro cirios blancos.
Una vaga sombra muda
que no me escucha si llamo
y sólo pude en tu frente
posar mis áridos labios,
cuando ya no me sentías
yerto y frío lirio blanco.

¡Ay padre, cómo hemos sido!
Siempre pidiendo y tú dando,
padre, te hemos exprimido
como un limón estrujado,
porque era tu vejez fuerte,
siempre a todos ayudando.

Padre, que no me contestas
¡ay! qué sola me has dejado,
sin mi corazón de niña,
que contigo han enterrado.

AURORA MERCHAN, nació en Val de Santo Domingo, un pueblecito de la provincia de Toledo. Estudió el Bachillerato en el Colegio de Ursulinas de la Inmaculada Concepción, donde ya obtuvo algún premio poético. Durante sus estudios de Magisterio no olvidó sus aficiones literarias. Opositó para alcanzar su primera escuela. Se casó y desde entonces sus inquietudes poéticas se han ido ciñendo en torno a sus realidades vitales; sus hijos, su escuela, su hogar, el amor, desgracias y alegrías en las que ella ha ido desgranando su rosario lírico.

Obtiene en un concurso poético en Alar del Rey (donde ejerce de maestra) un tercer premio. En Palencia, en la Campaña "Paz en la Tierra" celebrada en 1969, lee un poema ante el gigantesco Belén de la Plaza Mayor.

Es corresponsal de "La Voz de Palencia" y su voz se ha extendido por la Valdavia, por la Ojeda, por la Pernía.

De Aurora Merchán he seleccionado tres poemas. El primero es un breve poema navideño, lleno de ternura:

SONRISAS DE BELEN

Unos patucos, madre,
a Jesús de Belén
llevaré,
que calienten y cubran,
madre,
sus lindos pies.
Al ponerlos
con sumo cuidado
cosquillas le haré,
y su risa será la alegría
de María y José,
y será cascabel en mi alma
que arrulle mi fe,
y será candelero que avive
mi amor por El.

La mula y el buey
reirán también.

El segundo poema, plantea el eterno problema hamletiano del "to be or not to be" o del héroe calderoniano de "La vida es sueño". Vida y muerte ¿qué son?

VEN

Morir... Vivir...
sonido parecido
y ¡qué dispar sentido!

¿O morir es vivir?
 Pues, muerte, ven ahora
 y libera pronto, esta alma mía
 deja que viva muriendo,
 pues que viviendo estoy muerta
 ¡ven ya! y ábreme la puerta
 de ese ignorado camino.

Los cancioneros tradicionales, nuestros místicos, han jugado poéticamente con el contraste vida-muerte. Aurora Merchán se entronca así en una vieja tradición poética.

Finalmente, el tercer poema de Aurora Merchán lleva por título "Desolación", el miedo —según propia confesión de la autora— hizo surgir la queja:

Se ha roto un alma, Señor
 como un niño caprichoso
 has acumulado peso y peso
 sobre su fragilidad
 y al último empuje
 ¡zás!
 Los pedazos quedaron esparcidos
 y el alma rota,
 y cómo duele, Señor,
 ¡cómo duele!
 ¡Tanto trocito de espíritu
 absorbido por la nada!
 No era un juguete para Ti,
 era el precio de tu muerte,
 y has dejado que se rompa,
 al no poder soportar tanto peso
 sobre su fragilidad.

FELISA CABEZON ZUMEL (Su nombre poético es Isa Zumel) nació en en Palencia, donde actualmente trabaja como Auxiliar Técnico Sanitaria, diplomada en Pediatría en la Seguridad Social.

Hasta el año 68 no se dio a conocer, aunque ha escrito versos desde los trece años. Más tarde quedó finalista en uno de los

Concursos Literarios de Juan de Baños, con un tema palentino que fue publicado por la prensa local.

Van a escuchar dos hermosos poemas de Isa Zumel. El primero es amétrico, conservando la asonancia como única convención poética. El segundo se titula "Insomnio", heptasilábico y asonante, de ritmo y eco becquerianos.

ADOLESCENCIA

Atravesar el alba con el corazón tibio,
soñar mañana, acariciarlo mío,
esperar algo nuevo en un rincón perdido
y hallar clamor y risas en cualquier lugar frío.
Verter sueños inmensos en crisoles chiquitos.
que parecen tremendos en un lugar finito.
Mirar siempre a lo alto, no tener un respiro,
estar insatisfecho esperando ese día,
soñando ese momento...
mientras se sigue al río.
¡El río! El río en cuyas aguas
nuestras manos se llenan quizá cada mañana.
Ese que deseamos abarcar en brazada,
tomar y descubrir en un momento,
hacerle nuestro bajo el claro cielo
y llegar hasta el mar, siguiendo sus corrientes
siguiendo sus anhelos.
Así soñamos; así pensamos: así sentimos dentro...
sin saber que se cumple como una profecía,
el seco acumularse en la rueca vacía
de lanas, que más tarde parecerán perdidas.
Mientras tanto...
creemos firmemente, soñamos dulcemente,
—adolescencia y vida—
que ya vamos llenando, que ya vamos colmando
nuestras manos vacías.

INSOMNIO

¿De qué inútiles sueños
regresaré esta noche?
¿A qué esferas fantásticas
me llevarás contigo?
¿De qué fuentes sagradas
beberemos el agua
que luego se hará río?
Mi mente loca, dime:
¿En qué torrente limpio
pondremos nuestra barca
o en qué dormido río?
Compañera incansable
de desveladas noches;
compañera agradable
de las noches insomnes:
¿Por qué río de plata
deslizaremos juntas
nuestra pequeña barca?
¿O en qué escoba fantástica
las dos cabalgaremos
en el silencio pálido
que ilumina la luna,
entre nubes muy blancas
o entre doradas brumas,
para encontrarme insomne
en la mañana pálida,
cuando el sol acaricie
con su mano dorada
las pequeñas rendijas
que encuentren mi ventana?

Y antes de pasar a la última y más nueva generación de mujeres poetas palentinas y para situarme en el lugar que me corresponde por la edad, me incluyo ahora a mí misma en este breve recital antológico.

Les decía al principio que me considero una advenediza en el mundo de la poesía, porque aunque en pasadas épocas

sentí la tentación poética, nunca fue de forma intensa y continuada. Ha sido ahora, en medio del camino de mi vida, cuando el asalto me ha vencido:

Por eso, el libro de poemas que tengo en prensa lleva por título "En medio del camino", y así se llama también el poema inicial del libro:

"EN MEDIO DEL CAMINO"

Me hice al mar de los poetas,
me hice al mar,
me hice al mar cuando era otoño
¡vela vaaa...!

Si nunca has sido romera
¿dónde irás?
Sin conchas, ni calabazas
no es usual peregrinar.

Peregrina de mis mares
quiero ser,
en el barco de mis días
mil canciones cantaré,
el estribillo de todas
¡ay que yo bien me lo sé!:
que se me escapa la vida,
que se me escapa el amor,
que camino solitaria
gritando angustias a Dios.

Me hice al mar cuando era otoño
mi barco cargado va,
con las alas de mis versos
es más fácil navegar.

T E N T A C I O N

Castilla,
tierra mía,
amasada con polvo de mis muertos,
palpada por mis pies y por mis manos,
deseada, soñada en mis ausencias,
de nuevo estoy aquí.
Vuelvo fiel como siempre al beso de tu arcilla,
a tus páramos célibes,
al roce de tu viento en la encina sedienta,
al olor del espliego, del tomillo o la salvia,
a tus nubes, romeras de mares infinitos,
a la verdad desnuda de tu luz sin celajes,
al dardo de tu sol.
Y aunque hay en mis pupilas recuerdos de otras tierras,
volúmenes, colores que nunca has conocido,
Castilla, tierra mía, de nuevo estoy aquí.
Quisieron sobornarme latitudes sureñas,
más jugosas, más verdes, más feraces que tú.
Me asediaron los brazos de la pita gigante,
me punzaron el alma las chumberas carnosas,
me subió hasta los tuétanos el olor del jazmín,
me tentaron palmeras ondulantes y esbeltas,
y sentí
cual llamada de homérica sirena,
el vértigo del mar.
¡Ay, desnuda Castilla, mísera tierra mía!
Por adelfa, el barbecho,
por palmera, la encina,
por olor de jazmines, la humareda de paja,
por mares de zafiro
ocres leguas de tierra sin brillo,
sin rumores de espumas.
Monacal estameña
de la ruda Castilla,
que medita en silencio,
humilde, desasida,
calado hasta los ojos



el pardo capuchón,
manriqueñas verdades
de esta vida viajera,
o en teresiano arrobo
las honduras de Dios.

Vuelvo a ti,
ya vencida la fugaz tentación.
¡Y qué son las palmeras
frente a la luz dorada
de los álamos rojos
de tu cálido otoño!
¡Qué el mar
frente a tu cielo inaccesible y puro!
¡Qué la pita, la adelfa,
el clavel, el jacinto,
frente a la dulce flor de tu romero!
¡Qué los colores frívolos,
los lujos vegetales,
frente a tus tierras sacras,
tierras de eucaristía trascendentes y oscuras,
que saben poca cosa de plantas o de flores:
el ara de mis muertos ofrecidos a Dios!

Castilla, tierra mía,
mi matriz,
y mi tumba,
mi campana,
y mi espina,
vuelvo por siempre a ti.

MARIA VICTORIA ALONSO CORTES es malagueña, sin embargo, desde que se casó con un palentino, está vinculada definitivamente a nuestra tierra.

María Victoria lleva sangre rondeña por vía materna y valisoletana por vía paterna.

Es nieta del que fue ilustre catedrático de Literatura del

Instituto "Zorrilla" de Valladolid, Director honorario del mismo y Académico de la Española: Narciso Alonso Cortés.

María Victoria se entronca en algunos de sus poemas con esa línea popular "andalucísima" que decía Juan Ramón.

Leyéndola recordamos a Alberti y a Lorca, por sus temas, por sus imágenes, por su luminosidad y frescura poética.

En el tercer poema seleccionado, María Victoria canta a Castilla; tal vez en ella se opera una machadiana evolución hacia la parda y austera Castilla.

Por la calle ancha
baja Soleá
con una noche en el pelo.
¡Ay Soleá! ¿Por qué compraste pena
para tu divino pecho?...

Baja la luna mora,
¡triste lucero!
con sus ojos de fiebre en el suelo.
¿Y por qué no vuelve a ser
de risa tu cuerpo?

Se quebró tu garganta,
jilguero muerto,
colorín de mil colores,
de mil notas y mil juegos,
fuera garganta de nácar, volcán por dentro.

Tus brazos se olvidaron
de tus dedos,
bandada de gaviotas mar adentro.
¿Por qué ahora diez glorias en tus manos
son igual que diez muertos?

Abre las puertas, niña,
de tu ropero,
que mantones y volantes te esperan dentro.
¡Ay Soleá, qué frío el de tus enaguas
sin tu cuerpo!...

CANTES DE TRILLA

Cuando termines, niña,
con tus labores
ven conmigo a la era
de mis amores.

Trillaremos los sueños
y las promesas
y el mismo aire que hace
va y se las lleva.

Pero tus besos, niña
según les trillo
como el grano se quedan
donde han caído.

TIERRA DE CAMPOS

Ven conmigo, poco a poco,
por el camino adelante.
Acompáñame, y si quieres
antes de que el sol se marche
nos sentamos un momento
para ver pasar la tarde.

.....

La tierra parece quieta
pero es un mar que palpita
y en su seno ocre laten
las letárgicas semillas,
esperando que sus vientres
vayan engendrando vida.

Mar de tierra, duro mar
de tierra mojada y fría,
para hundirse entre sus surcos

y navegar con la vista
 hasta donde el sol se funde
 con la tierra enrojecida.

La tierra es como una amante
 que en el invierno suspira
 y que en sus sueños anhela
 la llegada de otros días
 para devolver con creces
 una a una las caricias.

.....

Hace frío y cae la helada,
 se ha quedado quieto el aire
 y por la tierra se cruza
 como un silencio gigante.
 La luz se agarra a los campos
 para que el sol no la rapte.

Y ahora, como tres gracias poéticas, los nombres de tres muchachas jóvenes, tres poetas femeninas gráciles e inquietas, tres mujeres-niña que parpadean asombradas ante el misterio de la vida...

Son Magda Hernández, Mercedes González y Rosa María Calvo. Magda es una estudiante de Medicina; tras de sus gafas, que le dan un serio aire de investigadora, una carita menuda y el brillo de unos ojos inteligentes.

Cuando Magda escribe, deja que el desordenado mundo del subconsciente suba de nivel y se escape, se desparrame en imágenes fantásticas, en aparentes incoherencias, y en su fluir arrastra voluntariamente puntuación, sintaxis, y se siente creadora de palabras nuevas, palabras siamesas que nacieron y salieron juntas desde el fondo:

“Son de barro” es el primer poema que vamos a leer de Magda Hernández:

"SON DE BARRO"

*Ellos ven, y nadie dirá que son / vistos
en el bosque del silencio. / Para ellos el mundo
se ahonda, / para ellos solos ardientes o tristes.*

"NIÑOS DORMIDOS"

CARLES RIBA

Abrimos los ojos a la tierra
La expresión de cada cosa se agolpa tenazmente
Las manos son poco ágiles para contemplar o
hallar la belleza

La mirada a tientas busca su salida
Y ante todo, tú, al primero
Que juzgamos en un caos
Sin saberte sin hallarte
Pero con tu marca hondamente.
Nace la noche con la luz que se apaga
que se enciende

Te preguntamos, ya ¿pero qué?
Te decimos ¿pero cómo?
Son de barro
Escucha su angustia dormida
Acaricia sus heridas que sólo a ti te duelen
Háblales de su vida cuando eran felices

Para que encuentren su alegría contigo
Sigue a nuestro lado
Aunque te encuentren muy solo.

Inmanencia y trascendencia de Dios se hacen problema en otro poema de Magda:

Puede ser que estemos juntos
puede ser que estés a mi lado ahora,
pero no te veo,

y miro el llanto de la vida
sonando como un río sonámbulo
y un muñeco que cruza por detrás de las manos
sonriendo amargamente, mientras camina...

Puede ser que estemos juntos
o que vivas en flores de amarillo purísimo
y te duela mi herida con mi propia
herida.

Puede ser que estés a mi lado ahora
sentado al borde de la cama,
junto al vestido puesto del revés,
puede ser que pises las rosas azules de la alfombra,
que me arranques la voz en este instante...

Puede ser, que yo esté odiando a cada nombre
a cada fuego o
que
desesperadamente,
de vez en cuando,
te grite
Dios, no te veo...

Y finalmente uno de los primeros poemas de Magdalena Hernández y el primero que publicó en la Revista "Jorge Manrique" del Instituto:

La sombra rodeando tu cuello.
Bajo la lámpara; madre, la paciencia se alarga,
con el ruido de dos agujas que creara el pensamiento.
De vez en cuando, algo cruza tu mente:
algo tan desgastado y suave como el olor de la lana.
Miras entonces a tu alrededor buscando alargar esa hebra
[eternamente
como alargas tu mirada hacia dentro, cuando piensas en
[Nosotros.

Así sigues, pero te levantas;
tus pies son sombras calientes sobre el ladrillo,

alillas recortadas en tela de franela.
 Podríamos estar así, pensando infinitamente,
 tú tejiendo, yo soñando...
 mas sabemos que el próximo minuto lo has dado ya
 que debo compensarte un poco con mi trabajo.

Tú me miras.

No importa, madre, esto siempre pasa.
 Sin embargo, tú y yo sentadas hacemos la paz
 que se escapa en la mentira del combate,
 hacemos el abrigo de esperanza, calentando el cuerpo de los
 [niños.

Aquí, las dos juntas, calladas;
 comprendemos la claridad que ilumina la pared
 por debajo de los cuadros,
 Y es, como si ese cielo blanco, reducido
 nos diera la interrogación de la figura,
 que se imagina sobre los grises del lienzo.
 La sombra rodeaba tu cuello, madre,
 como una paz tibia que soñara el negro de tu cabello.

MERCEDES GONZALEZ, estudiante de Filosofía y Letras, comenzó a sentir la comezón poética ya en sus épocas de Bachillerato y la Tertulia Literaria del Instituto "Jorge Manrique" vio publicados por primera vez sus versos: "Tertulia 70", "Tertulia 71", "Balada en dos tiempos", al "alimón" con Pablo Baranda, y finalmente en "Tertulia 72".

En casi todos los poemas de Mercedes González aparece como una obsesión poética el tema "tiempo", su correr, el tiempo ido, el tiempo soñado, relojes, estaciones...

TIEMPO

Esta tarde te he traído a mi camino
 para que firmes tu huella en mi destierro;
 hoy será el último latido,

la postrera voz, el último viaje.
 Hoy has de venir descalzo, con las últimas estrellas,
 abierto a mi nombre.
 Hoy vendrás con toda la hojarasca,
 con todo el polvo de tu sendero eterno,
 con una lluvia infinita de palabras.
 Hoy vendrás hasta mí, soñado tiempo.
 Tú, que me enredas en las piedras de los senderos,
 tú, que me apresas en los muertos edificios,
 libérame de esta profunda histeria,
 derrúmbame en la hora de mi última pasión.

De los tres poemas que componen Tríptico personal, he seleccionado el último:

Yo tengo las noches en mi pelo;
 y en mi boca las aguas enojadas.
 Yo tengo en mis ojos las estrellas
 y en mi dorada piel, los rasgos de la tierra.
 Yo tengo los caminos en mis plantas;
 y en mis manos, presas,
 las huellas del cayado.
 Soy trovador de suspiros y de llantos
 que las lluvias arrancan a los campos.
 Tierra. Sólo tierra ha ceñido mi cintura.
 Y mis brazos se abren para abarcar las recias
 tardes, que el sol va abandonando.
 Mis manos van rozando la dureza
 que el mundo volcó sobre mi cuerpo.
 Sólo mi llanto estremecido
 lo sabe el sol y la tierra oscura.
 Sólo mi paso reposado
 lo saben las entrañas de mis campos.
 ¡Silencio! ¡Silencio!
 ¿Qué desgarrón sin luz cubrió mi noche?
 Ya no tengo la luna en mis cañadas.
 Y el sol ha derramado en mis caderas
 su adiós sin fin, su trémula tristeza
 No narrarán mis manos los albores:

mañana seré polvo,
polvo y tierra.

ROSA MARIA CALVO está a punto de terminar sus estudios de Enseñanza Media y saltar a los universitarios. Ganadora de premios en Concursos literarios escolares de prosa, desde el pasado año empezó a aficionarse a la poesía. En la "Tertulia Literaria" del 72 ha publicado su primer verso. Dice así:

He subido despacio
con mi soledad a cuestras.
A cuestras con el sol que me desploma
y un olor gitano de miseria.
He subido esta tarde
en la hora tranquila de la siesta.

Una prole menuda y descalza
rebozaba sus manos en tierra
—morena desnudez de ojos curiosos
y rebeldía innata—
con la camisa sucia, grande y vieja.
Y una mujer que madre
de todos puede ser o de ninguno,
tiende la ropa al sol sobre la hierba.

He subido hasta el Cristo
del Otero, esta tarde,
para beber la calma que aquí reina.
A tus pies y a mis pies,
la ciudad sueña
y los campos austeros que Castilla
dorado mar de espigas que flamean.
Junto a la ermita flota la plegaria del
rudo campesino, honda y sincera,
que cuando siembra eleva la mirada
y a Tus manos confía la cosecha.

Una ligera brisa
 se me vuelve en las manos primavera.
 En los cortes recientes
 brota una vida nueva.
 Ya declina la tarde
 y meditando bajo por la cuesta.
 Soñador vagabundo quiere ser
 ¡De amor será mi huella!

Y en otro breve poema vuelve a sentir, como tantos poetas, como tantos hombres, el "aguijonazo" de la muerte, pese a su extremada juventud.

Voy pisando un tapiz
 de cuerpos muertos.
 ¿Muertos?
 ¿Y ese lamento turbio
 que me envuelve los pies?

Vendrá un otoño, ya se acerca,
 que a estos pies que hoy ultrajan
 su frío entumezca.

Y aquí termina este vespertino paseo poético. De la mano de unas mujeres palentinas se han asomado Vds. a una misteriosa ventana: su propia intimidad. Y sentados en su asiento, con la comodidad del que descubre el apasionante mundo submarino tras los cristales de un acuarium, si han mantenido el espíritu receptivo y sensible, habrán podido captar rumores de mares interiores, escapándose de la caracola de los versos y hasta sentir como un escalofriante calor visceral, al tocar el meollo de sus almas.

Mi voz se ha sentido orgullosa de ser trompeta, campana, órgano, cauce, de esta lírica lluvia.